

Fuera de La Moncloa

Santos Juliá, El País, 05/05/1996

Los 25 años que Felipe González reclamaba para cambiar España se han quedado reducidos a 13 y pico. Excepcional en nuestra historia, la larga duración de la presidencia de González no lo es tanto si se compara con la de políticos como Thatcher, Kohl o Mitterrand, vencedores también en sucesivas elecciones gracias a la búsqueda de estabilidad que siguió a la crisis económica de los años 70 y que en España se agudizó por el desconcierto y la fragmentación de la derecha, la fragilidad de la entonces naciente democracia y la ausencia de una oposición con posibilidades reales de disputar el poder. Dicho esto, sería un error no reconocer la parte que en su propia duración corresponde a Felipe González.

Porque lo cierto es que González ha construido su éxito sobre una larga lista de aciertos personales. Para empezar por el principio, fue un acierto confiar, cuando pocos apostaban por ellas, en el valor de las siglas históricas del PSOE, como lo fue desbancar de su dirección a Llopiés en el momento oportuno. González acertó también al rechazar la confederación de pequeños grupos socialistas, refundar el PSOE por absorción de todos esos grupos en una estructura federal y liquidar la sobrecarga ideológica de marxismo en 1979. Situó así a su partido en condiciones de acceder por vez primera en solitario al Gobierno, lo que habría sido imposible si en 1974 se hubieran hecho cargo de la dirección los socialistas vizcaínos, más sindicales, o si en 1979 hubieran triunfado los madrileños, siempre a la greña. Luego, una vez llegado al poder, acertó de nuevo al abandonar el programa económico elaborado por su propio partido, enterrar su arraigado neutralismo, optar decididamente por Europa y resistir la confrontación con los sindicatos sin temor a la ruptura con UGT.

Tanto éxito, acompañado de un rápido crecimiento económico, favoreció la instalación de un clima político y social que se ha comparado con el "enriqueceos" de la dorada época luisfilipesca

de Francia, pero que ofrece también, en pequeña escala, rasgos y caras similares -con la sombra de J. P Morgan al fondo- a la del "anything goes" de Estados Unidos, que podría traducirse a lo castizo por un "todo vale". Ese clima no dejó a los discrepantes de su partido más camino que la retirada, favoreció el silencio de los adictos, el derrumbe de los sistemas de control interno, la dejación de la crítica, la ausencia de análisis de políticas alternativas por organismos con capacidad decisoria y el bloqueo en la renovación del núcleo dirigente. Así se explica que desde el Ministerio del Interior se haya podido vulnerar la ley y que desde la ejecutiva del Partido se haya montado un sistema de extorsión; así se explica, sobre todo, que ni González ni el partido hayan respondido con energía y celeridad a la crisis abierta desde que se reveló el caso Guerra. Los historiadores valorarán en su justo alcance los aciertos personales de González, pero no olvidarán que era presidente del Gobierno cuando actuaban los GAL y secretario general del PSOE cuando Filesa operaba a sus anchas.

Y así, de tan largo ejercicio del poder, resulta un saldo contradictorio. Por una parte, González es el primer presidente de las dos democracias españolas de este siglo que pierde unas elecciones conservando una fuerte posición en el Parlamento, lo que permite a su partido, aun desbancado de casi todas las posiciones de poder, mantenerse como seria alternativa de Gobierno. Por otra, al reforzar un liderazgo personal aureolado por el éxito, el PSOE se confirma como un partido con serias dificultades para alentar procesos de renovación interna y carente de organismos colectivos para la toma de decisiones políticas; un partido envejecido en sus cuadros dirigentes y cuyo mejor programa consiste en mirar al pasado. Lo que a ese partido le aguarde en el futuro dependerá de lo que pase con González fuera de La Moncloa: ahí radica la fuerza y la debilidad de la socialdemocracia española.

Todo el futuro a la espalda

Santos Juliá, El País, 09/06/1996

Cuando ha pasado un mes desde que José María Aznar ocupa La Moncloa, llama la atención lo poco que se echa en falta la ausencia de Felipe González de la que fuera durante más de 13 años su residencia oficial y familiar. Esta sensación tiene que ver desde luego, con el sentimiento de dulzura, casi de euforia, que embargó los espíritus socialistas al conocer los resultados electorales; su líder se iba sólo para volver. Pero el tiempo sedimenta todas las sensaciones y lo que al principio supo dulce puede saber luego a rejalgas. Que casi nadie eche de menos a González en La Moncloa, y que no pocos celebren todo de lo que nos hemos librado precisamente porque ya no vive allí, puede guardar alguna relación con el trabajo del tiempo sobre el sabor de las cosas.

Los socialistas que llegaron al Gobierno en 1982 no sumaban como media más de 40 años, y eso porque se les había incrustado Fernando Morán. En España, donde los trastornos políticos han sido frecuentes y donde han sobrado situaciones propicias para que gente joven se hiciera con el poder, ninguna generación ha triunfado tanto y tan pronto como la de los nacidos inmediatamente después de la guerra civil. Los que hicieron la revolución liberal en la década de 1830 tuvieron que madurar en largos años de destierro: Mendizábal había cumplido los 45 cuando fue llamado a presidir el Gobierno. Espartero, cargado de victorias, esperó a los 47 para despedir a la Regente, y Prim, gracias también a una revolución, consiguió la jefatura del Gobierno a los 55. Luego, cuando todo se volvió otra vez del revés y se restauró el trono, fue gente muy curtida la que pactó el reparto del poder: Cánovas y Sagasta llevaban décadas en la lucha política. Ya en nuestro siglo, los que sustituyeron a los viejos políticos de la Restauración no eran jóvenes cuando, tras la instauración de la República, accedieron al Gobierno: Alcalá Zamora, Largo Caballero, Prieto, Azaña, Albornoz no tendrían

ocasión de cumplir los 50 cuando les llegó la hora de ocupar el banco azul.

Pero estos socialistas que ahora se dedican otra vez a presentar libros acapararon las posiciones de poder cuando apenas contaban 40 años. Nunca, ninguna generación había llegado con tanta juvenil energía al poder y, para lo que pudo haber ocurrido dada la circunstancia y lo que se va sabiendo de sus intenciones no nos ha ido tan mal con la experiencia, aunque alguna de sus aventuras nos haya empujado al borde del desastre. El caso es que cuando apenas bordean los 55 años, son no sólo veteranos de la política sino viejos en el poder. No van, ingenuos y sobrados de ilusiones, a gobernar, sino que vuelven, abrumados de heridas y resabios, del Gobierno. Lo cual les da, como tal generación, un curioso aire de prematuro envejecimiento. Los socialistas son como el pasado de todos nosotros, un pasado del que guardamos mejores o peores recuerdos, pero al que en ningún caso podremos volver aunque quisiéramos. Para los que vienen detrás, más que pasado son pura historia. ¿Cómo podría, la generación del *baby boom* y la siguiente votar a unos señores que en el año 2000 tendrán 60 años y han gobernado ya durante 13?

A poco que duren los populares en el poder, y durarán si no hacen las cosas rematadamente mal, esta generación que triunfó tanto a comienzos de los años ochenta habrá quedado para impartir conferencias cuando se presente la ocasión de volver a las urnas. Los socialistas, llevan detrás desde hace años su propia sombra: sus caras, cada vez mas arrugadas, cada vez más apagadas, son siempre las mismas. Tal vez ha sonado para ellos la hora de preparar, sin prisas pero sin demora, una jubilación anticipada de las primeras filas del escenario y abrir la vía para que otra gente, con 30, todo lo más con 40 años, salte a la palestra. Es duro tener a los 55 años de edad todo el futuro a la espalda, pero tampoco es tan habitual haber triunfado tanto a los 40 recién cumplidos. Vaya lo uno por lo otro.

Saber de líder

Santos Juliá, El País, 15/12/1996

Felipe González ha tenido una visión y se ha apresurado a anunciarla a sus fieles: si Dios no lo remedia -y, añadió, Dios no suele entrometerse en estos asuntos- será candidato a la presidencia del gobierno en las próximas elecciones generales. No importa que las próximas no estén cerca y que entre el momento de la visión y el acontecimiento previsto puedan interponerse otras elecciones, municipales, autonómicas, europeas. Pase lo que pase, González sabe que dentro de dos o tres años será de nuevo candidato a la presidencia del gobierno.

Es un saber de fuerte, un saber de líder. Lo sabe porque su conocimiento puede producir el hecho. Un conocimiento, pues, si no de Dios, a lo divino, de esos que hacen milagros. ¿No es acaso el milagro el producto de una fortísima imaginación, a la que la realidad se pliega? “Fortis imaginatio generat casum”, recordaba Montaigne: una imaginación fuerte produce el acontecimiento. Felipe González es de los que poseen ese tipo de saber, esa fuerza interior capaz de dar por hecho lo que se imagina; un saber eficaz, que transmite confianza y seguridad a los antiguamente llamados secuaces, voz política caída por desgracia en desuso. Pero secuaces son, pues no intervienen para nada en la decisión de un líder sino que todo lo esperan de él y lo defienden, además, a capa y espada porque saben que si González está bien, relajado, dueño de sí, nadie le resiste. Nadie incluye, desde luego, a ese pobre Aznar, que no sabe ni hablar. Se lo merienda; la próxima vez es que se lo va a merendar.

No debían ser tan confianzudos, ni frotarse con tanta fruición las manos por lo mucho que sabe su líder. Pase que le no le reprochen el anuncio; que muestren tan pobre estima de sí mismos y tan alta de su jefe que a nadie se le haya ocurrido recordar que esas visiones no se anuncian sin tener la cortesía de esperar la ritual aclamación de un congreso. Pase que ante tan fuerte saber, las

formalidades se tomen como prejuicios de espíritus débiles, de esos que sólo se tranquilizan si se cumplen los reglamentos. Pero aun si por todo eso pueden pasar, los socialistas debían quizá sentir alguna inquietud por el estado de debilidad hacia el que su partido se desliza insensiblemente ante tanta fortaleza del líder.

Inquietud porque en una democracia más o menos consolidada, las elecciones no las gana sólo un líder sino un partido, y el socialista aparece cada vez más sumido en la confusión y la irrelevancia, resultado del resquebrajamiento de su comisión ejecutiva, de la sustancial pérdida de poder en ayuntamientos y gobiernos autónomos y de la aparición de fuertes tensiones en el seno de algunas federaciones regionales. Los catalanes acaban de demostrar su confusión al ser incapaces de renovar nada sin recurrir a los más viejos del lugar, cargados de medallas y cicatrices; los vascos se encaminan a marchas forzadas hacia la irrelevancia, al tragarse no ya un sapo sino la docena entera que sus aliados de gobierno les sirven cada mañana en el desayuno; de los madrileños ni se habla, empecinados como siguen en candidatos que salen a la competición derrotados de antemano. ¿Los andaluces? Satisfechos por que la justicia ha puesto por fin las cosas en su sitio, como dice, tan orondo, el presidente de la Junta al enterarse de la prescripción del delito marbellí: aquí, como bien se sabe, no ha pasado nada; todo era producto de una conspiración.

Mientras tanto, los jubilados cobran sus pensiones, los parados, sus subsidios y los jornaleros del campo, sus PER; la huelga de funcionarios se salda con un ahorro de más de mil millones y el empleo crece a un ritmo de mil por día; los precios no suben ni una décima, y hasta el Banco de España, siempre tan sobrio, descorcha una botella de champán. *The Economist* escribe que nuestro gran problema es el paro. Bueno, si eso es todo, más paro había en 1986 y los socialistas ganaron por segunda vez. Claro que les guiaba un líder dotado de un poderoso saber.

Más de una docena

Santos Juliá, El País, 29/12/1996

El rápido crecimiento económico experimentado cuando iban mediados los años ochenta, las amplias posibilidades de dinero fácil abiertas a aventureros oficialmente invitados a enriquecerse, la expansión del gasto público, las inversiones del Estado en gigantescas obras de infraestructura, la relajación de los controles internos, la descentralización política y la multiplicación de centros de gasto, añadido todo a los crecientes costes de financiación de los partidos y a la ausencia de alternancia política, multiplicaron las oportunidades de corrupción que casi nadie en el Gobierno central, en la oposición ni en los gobiernos autónomos mostró interés alguno en atajar. El dinero corría a espuestas y cierta barbarie ostentosa, de gente adinerada y sin gusto, por decirlo con palabras de Azaña, comenzó a resplandecer en las fiestas oficiales: nunca se habrá consumido tanto langostino como en los jolgorios organizados para celebrar la nueva edad de oro que se avecinaba. Ya éramos de verdad europeos, lo que quería decir que ya se habían despejado todas las avenidas para ser tan ricos como ellos. Complejos fuera: la mugre católica quedó barrida de un plumazo por cierto cosmopolitismo de advenedizos.

En ese clima germinaron casos como hongos: el caso Naseiro, el *caso tragaperras*, el *caso loterías*, el *caso Filesa*. El problema, afirmó Joaquín Leguina, es la financiación irregular de los partidos políticos. Ese era, en efecto, el problema y por las razones que el mismo presidente de la Comunidad de Madrid exponía con toda crudeza: porque la financiación irregular servía para engrosar una caja B a disposición de un núcleo dirigente que convertía al partido político "en propiedad de unos pocos". Conscientes del potencial devastador de semejante situación -la clase media "no puede soportar la amenaza de un Estado corrupto", manifestaba el mismo Leguina- se produjo entonces un intento de exigir responsabilidades políticas por las tramas de financiación irregular. Un intento que acabó en agua de borrajas seguramente porque los destinados al sacrificio respondieron con

el mismo argumento que acaba de resucitar Matilde Fernández: si fulano es culpable, todos somos (lo que es decir: todos los que pedís cuentas sois) culpables. O sea, si yo me hundo, arrastro a todos en la caída.

Ante tal amenaza, nadie se atrevió a seguir adelante, y en lugar de exigir lo prometido, se propagó una explicación dirigida al consumo interno, a tranquilizar a los afiliados honestos que contemplaban asombrados cómo subían las aguas y la lluvia se convertía en inundación. La culpa de todo la tenían los "cuatro sinvergüenzas" que se habían colado en las filas socialistas y sorprendido la buena fe de los compañeros, dijo González. Cuatro, media docena, una "docena de corruptos" todo lo más, aseguraba Guerra hace unos meses, eran los responsables de haber deteriorado el "patrimonio ético de su partido". En el último balance ofrecido, la media docena se ha incrementado hasta el 1% o el 2%, pero el fondo de la cuestión no varía: entre la avalancha de recién llegados, a los que no se podía mirar con lupa, se coló ese "porcentaje de horrorosos". Qué le vamos a hacer, concluye Guerra en sus confidencias a Tom Burns: en todos los partidos ha pasado lo mismo.

En todos ha pasado lo mismo, pero no todos han acumulado tanto poder. El problema, lo que la clase media antes evocada por Leguina no puede soportar, es que ese enorme poder, concedido para inaugurar otros modos de hacer política, se haya desviado tanto de su fin que la máxima excusa por lo ocurrido consista en decir que todos han hecho lo mismo. No son, por tanto, cuatro mangantes, ni una docena, ni siquiera el 1% o el 2%. Es una vieja concepción y práctica de la política que fuimos a enterrar una tarde de octubre de 1982 la que, bajo el nombre de Filesa, se sentará en el banquillo del Supremo en este año nuevo de 1997.